



¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Por qué aquí? ¿Dónde debo ir? ¿A quién debo seguir?. Preguntas tan poco originales como esenciales, jamás respondidas sino en el hilo de la existencia: ¿qué pasa?, ¿qué nos pasa?. Vamos a leer una extraordinaria novela, sí filosófica, sí existencial, sí trascendente, sí narrativa, sí emotiva, contada, y tan bien, con un cuidadísimo lenguaje, que pone en la balanza de un equilibrio, siempre inestable, los desequilibrios que nos estabilizan, un destino construido, confiado a «o que mata, cura y a lo que cura, mata». La herida en carne viva.

¿Dónde? Una aldea de Galicia cerca de las ciudades. ¿Quiénes? Un cura herético y revolucionario (padre Anxo), unas mujeres mayores lideradas por Mati que, inducidas por el *pater*, renacen y buscan una *vita nuova*, lo posible, después de haberse sometido a los dictados de la vida, biológica y social. Dos jóvenes (Lois y Eva) desubicados, llenos de belleza y desesperación,

en busca de *casa propia*. Dos madres, jóvenes maduras que vienen de fuera (Estados Unidos, Australia) en busca de sus hijos, a medio camino entre sus raíces y lo estándar homogeneizado, burgués y confortable, en lo mental y material.

Personajes que parecen no moverse, estupefactos ante un tiempo que junta tanto como separa. Parecen no moverse, pero no paran, física, mental y emocionalmente. Para dejar atrás, para unir sin separar pasado y futuro en una liberación del presente, que se muestra íntimo, contradictorio, vulgar como cotidiano. Buscando las mayores una posibilidad en lo común, hacer la revolución de «abrir el corazón» para cambiar el mundo. Y como expiación del sacrificio generacional. Y se interrogan: ¿somos muy mayores para esto, merecerá la pena? Los dos jóvenes, huérfanos casi, sin raíces aparentes en una tierra donde las raíces ahondan y ahogan, donde desprenderse de ellas es un estar al páiro, a la intemperie, pero a los que une el silencio, el mirar, el tacto, la música, la búsqueda desesperada del ser con el estar.

Como bajo continuo, telón de fondo, la naturaleza aparece como bálsamo paciente. Permanencia frondosa que atenúa el desasosiego del no saber qué hacer y del hacer sin saber de los personajes. Es el viento, la lluvia, los bosques, los prados, la luz que cambia, el jardín, las rosas que marchitan y la araucaria incólume, símbolo de permanencia frente al «liscanzo no corpo», el animal en el cuerpo, la fuerza vital que se sabe mortal y por eso apremia. Y no sólo por eso, apremia por liberar espíritus ya no tanto animales, sino espirituales o una conjugación de ambas, en un «ya que me habéis hecho así, hágase en mi tu voluntad», dirigidas a Dios o al destino.

Con naturalidad, la novela alcanza su punto culminante en el *xa foi*, el ya fue. El acontecimiento, lo no esperado, lo irremediable, el transcurso acontecido, lo que rompe y fragmenta, la potencialidad de que pueda recomponerse o no, el romper para juntar o desunir fatalmente: el preciado jarrón que se cae y se rompe. Y lo que la vida recompone.

La narrativa de Silvia Bardelás es equilibradísima, con la inestabilidad armónica de la música en sus contrapuntos, ascensos y descensos tonales sutiles y complejos. Y una finísima ironía y humanidad que revela una profundidad muy alta, muy discreta, (un no me toqueis, *noli me tangere*), un sagrario del corazón donde, aún abierto, aún cerrado, no entramos. Un cendal de niebla que anticipa el hallazgo.

El hallazgo de esta novela no está en lo que es de parte (historia, diálogo generacional, capacidad narrativa, riqueza de ideas, capacidad de evocación) sino en el todo, como aquello que surge natural, por la dicción, por la estructura, la sabiduría acumulada de haber oído y sus resonancias. La autora, de formación filosófica, va emperrando la novela de interrogante éticos, y volvemos a las preguntas: ¿cómo hacer el bien?, ¿cómo hacerme el bien? ¿cómo obrar bien? Ahí responde Spinoza, las mujeres revolucionarias le siguen, pero también le responden e increpan. Ellas han ido tejiendo el manto.

Carlos Barrajón.